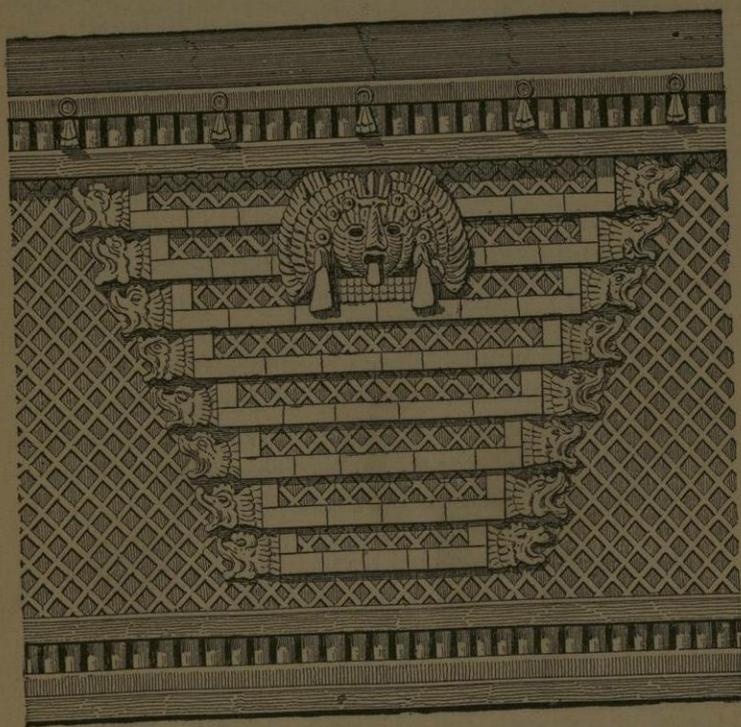


rios eclesiásticos; pero llegó despues una era de prosperidad, durante la cual los obispos sucesores salidos de las filas de los dominicos, dieron tal impulso á los asuntos de la diócesis, que á principios del siglo diez y siete ya existian cuarenta parroquias á cargo del clero secular. El instruido y santo Ledesma se halla al frente de los obispos, por su celo y cuidado. La fundacion de nuevos obispados suavizó algo los trabajos de los prelados posteriores, en cuanto á reducir por lo ménos su jurisdiccion á límites mas estrechos. Entre los mas prominentes se encuentran Alonso de Cuevas Dávalos, que comenzó su episcopado en 1657, y llegó á ser arzobispo de México, y el fraile de San Bernardo, Ángel de Maldonado (1702), notable por su piedad y benevolencia.



## CAPÍTULO V.

### PRIMEROS AÑOS Y EDUCACION.

CONDICION DEL PAIS—GUERRA DE INDEPENDENCIA—JEFES DE PARTIDO Y PRONUNCIAMIENTO—CAMBIOS EN EL SISTEMA DE EDUCACION—JESUITAS Y DOMINICOS—REFLEXIONES DE PORFIRIO—INSTITUTO DE CIENCIAS Y ARTES—CARRERA DE PORFIRIO—PÉRDIDA DEL PATRIMONIO DE LA FAMILIA—LUCHA CON LA POBREZA—ELECCION DE UNA CARRERA—EL EJÉRCITO, LA IGLESIA, Y EL DERECHO—CONSEJOS É INFLUENCIA DE LOS PARIENTES—PORFIRIO ESTUDIA TEOLOGÍA—ENTRA Á LA MILICIA—FINALMENTE ADOPTA LA PROFESION DE ABOGADO—PORFIRIO COMO ESTUDIANTE, MAESTRO, Y BIBLIOTECARIO—AMISTADES INESTIMABLES—MÁRCOS PEREZ Y BENITO JUAREZ—ASPIRACIONES Y AMBICIONES—SE DA Á PORFIRIO EL NOMBRAMIENTO DE PROFESOR DE DERECHO ROMANO—SE GRADÚA Y COMIENZA Á EJERCER SU PROFESION.

Las mismas condiciones que en otras partes condujeron á la guerra de independencia, existian en Oajaca, aunque eran en algunos puntos de diferente naturaleza.

Los europeos ocupaban casi todos los puestos de importancia, y ejercian su autoridad para tiranizar á un pueblo por el cual no sentian ninguna simpatía. A esto añadieron los préstamos forzosos en nombre de la corona, y la formacion de la milicia, medida que provocó el descontento de los mestizos, pues los indios estaban exentos de este servicio; y todo esto en medio de una decadencia general en la principal industria de la provincia: el cultivo de la cochinilla.

El grito de Dolores electrizó los corazones amantes de la libertad en Oajaca no ménos que á sus compatriotas del norte; pero la noticia de las operaciones de Hidalgo no causó conmocion alguna en el ánimo de las clases bajas, miéntras que la alta hizo ruidosas pro-

testas de lealtad al rey de España. Y en cuanto á los empleados, su adhesion no se redujo solamente á palabras; pues cuando Hidalgo envió á los dos jóvenes Lopez y Armenta, para promover su causa en estos parajes, fueron traicionados y decapitados antes de que pudieran conseguir nada. No obstante, se habia ya prendido la chispa, y Ordoñez y otros entusiastas sufrieron prision por simpatizadores, mientras que otros dos jóvenes, Tinoco y Palacio, pagaron con sus cabezas sus simpatías por los insurgentes.

Este era el estado que guardaban las cosas en la misma Oajaca; pero el distrito de la costa, que mas tarde se anexó al estado de Guerrero, se habia ya levantado bajo la inteligente direccion de Morelos. La milicia de Oajaca salió á la campaña al mando de oficiales, comerciantes en su mayor parte, capitaneados por Francisco Páris, y fué derrotada en dos encuentros seguidos, que tuvieron lugar en Diciembre de 1810 y Enero de 1811.

Aunque dispersos, los realistas se volvieron á reunir, alentados por los frecuentes refuerzos que se les enviaba al mando de nuevos jefes; pero su ineptitud solo sirvió para enaltecer la fama y aumentar la fuerza del valeroso jefe insurgente, que en esa época fué reconocido como el sucesor de Hidalgo. Se recuperaron algo bajo el mando de Calderas, quien logró entre otras ventajas, suprimir el levantamiento encabezado por Valdés en Jamiltepec y distritos contiguos. Miguel Bravo, que atacó la ciudad de Oajaca, fué rechazado por Páris; pero se retiró á Las Miztecas y comenzó, juntamente con Trujano, á organizar fuerzas con tal éxito, que comprendieron los realistas la necesidad de recurrir á medios extraordinarios.

El resultado parecia dudoso; pero Morelos se apresuró á ayudar la causa, y la simple noticia de que se acercaba, esparció el terror entre sus adversarios. Tomó en persona el mando de las tropas organizadas, que ascendian á unos cinco mil hombres con cuarenta

cañones, y marchó contra Oajaca. Los esfuerzos mas enérgicos se habian hecho para fortificar la ciudad con costosas trincheras y baterías enteras de cañones nuevos; y se ordenó una leva general de hombres, incluyendo un cuerpo de eclesiásticos y estudiantes bajo la direccion del obispo Bergosa.

Tan pronto como llegó la noticia de que el afamado jefe se acercaba, el celoso prelado, que ya era arzobispo de Méjico, tomó las de Villadiego con sus valiosos efectos, seguido de varios personajes con gran pompa; y los que permanecieron se hallaban poseidos de tal pavor, que dos horas despues de comenzar el ataque, ya Morelos era dueño de la plaza. Esto tuvo lugar el 25 de Noviembre de 1812. La ciudad fué saqueada, y sus principales defensores, entre ellos Saravia y el cruel Régules, fueron sacrificados á la memoria de Lopez y de Armenta.

Varios cambios importantes se hicieron entónces en la administracion con objeto de desarrollar el nuevo orden de cosas. Murguía fué nombrado intendente en lugar del realista Lazo. Se estableció el célebre periódico *El Correo del Sur*, y se levantaron recursos y fuerzas en favor de la causa insurgente, que con este éxito se dice que ganó, en fondos solamente, unos tres millones de pesos. Otros lugares de la provincia sucumbieron pronto á las combinaciones militares de Victor y Miguel Bravo, y contando con esta nueva base, tan bien provista de puestos fuertes y de valles ricos en mantenimientos, se hicieron preparativos para llevar la campaña hasta el mismo corazon de la Nueva España.

Morelos resolvió, sin embargo, proceder primero en contra de Acapulco. Despues de su partida, una fuerza guatemalteca invadió la provincia en auxilio de los españoles; pero Matamoros la dispersó prontamente. Guerrero tuvo el mismo buen éxito en contra de Reguera y otros, y el congreso revolucionario fijó su residencia en Oajaca por algun tiempo. Empero, los españoles no abandonaron la lucha, y

no obstante estar los insurgentes en el poder, el descontento producido por la dilacion de la guerra civil, con sus consecuentes crueldades, saqueos, y extorsiones, comenzó á extenderse.

La ausencia de Morelos y la retirada que hizo de sus fuerzas, juntamente con las noticias de sus desgracias, habian alentado á los españoles de tal manera, que cuando en su ayuda apareció Álvarez con su ejército, la ciudad de Oajaca abrió sus puertas sin ofrecer resistencia alguna. Esto aconteció el 29 de Marzo de 1814.

Rayon, á quien se habia nombrado capitán general de la provincia, careciendo de recursos y de aura popular, se retiró sin oponer resistencia. Por cierto tiempo los realistas tuvieron la ventaja; despues se tornó la fortuna en favor de Guerrero, Sesma, y Teran; pero en la primavera de 1817 el aspecto habia cambiado. Los dos últimos jefes fueron hechos prisioneros, Guerrero andaba fugitivo, y la revolucion estaba á punto de concluir. Las operaciones habian sido dirigidas principalmente por Álvarez, ayudado entre otros por Samaniego, que quedó con el mando en Las Miztecas. Álvarez fué remplazado en el cargo militar por el Teniente-coronel Obejo, y en el de intendente por Francisco Rendon.

La provincia disfrutó entónces por algun tiempo de paz, que se puede decir duró hasta 1821, cuando el capitán Antonio Leon se rebeló, proclamando á Iturbide. No hallándose preparados para un movimiento de esta naturaleza, los realistas no pudieron ofrecer mayor resistencia, y viniendo Leon de Las Miztecas, entró en la capital el 31 de Julio, pocas semanas despues de emprender la campaña.

Iruela y Zamora fué nombrado intendente; pero al año siguiente le reemplazó Murguía, quien habia desempeñado el puesto bajo Morelos, y poco despues recibió el título de gobernador, con órdenes de reorganizar el estado, de conformidad con la constitucion federal. Fué dividido en ocho departamen-

tos, cada uno con dos ó mas partidos. El siguiente gobernador, Morales, tuvo sus dificultades con la legislatura, por lo que quedó suspenso provisionalmente, y en 1827 fué desterrado por no apoyar el pronunciamiento del coronel García, pidiendo la expulsion de los españoles. Este movimiento fracasó, debido á los esfuerzos que el año anterior habian hecho dos frailes por que triunfara el plan de Arenas para la restauracion de los españoles, y la fuga para España del obispo Perez con el mismo objeto.

En 1828, el partido conservador fué derrotado despues de una eleccion borrascosa, y llamaron en su ayuda á Santa Anna para derrocar al gobernador Joaquin Guerrero. El primero, con ayuda de los traidores, tomó posesion de la ciudad; pero Guerrero lo atacó y por varias semanas la ciudad presentó una escena sangrienta. El plan político de Méjico, conocido por el de "La Acordada," puso fin á las hostilidades, y Guerrero quedó en el poder, no sin pocos trabajos.

En 1833 el cólera se presentó, y segun Carriedo, hizo desaparecer á una octava parte de la poblacion en sus primeros ataques. Durante esta calamidad, los ejércitos del centro invadieron la provincia y lograron despues de sangrientos combates dictar las condiciones de paz. Algun tiempo despues adquirió mas fuerza el partido liberal, y en 1844 el gobernador Leon se vió obligado á admitir á Benito Juarez, como secretario de estado. Esto duró solamente poco tiempo; pero dos años despues los liberales tomaron posesion del gobierno y se volvió á establecer la constitucion federal de 1824.

Todo esto iba acompañado de los pronunciamientos y demostraciones militares de costumbre, que formaban parte de la vida de la nacion, y cuyos estragos eran un cáncer político que se presentaba cuando ménos se esperaba, en distintos lugares y años, teniendo al país en continua inquietud, dilatando su progreso, destruyendo sus recursos, y pronosticando su ruina.

Así continuaron los acontecimientos en lugar de mejorarse. Durante este período, el joven Porfirio se formaba para la lucha en que andando el tiempo debía tomar parte. Sentimientos unas veces producidos por el coraje y otras por la tristeza agitaban el pecho del joven á medida que se sucedían los años, agregando cada uno de ellos una escena mas al triste panorama de la ruina de su país. Mientras tanto, él se llevaba por la sabiduría de Haddad Ben Ahab: la sabiduría del silencio.

Por este tiempo dos grandes deseos luchaban por dominar en el pecho de Porfirio: el deseo del saber, y el deseo de obrar. El joven patriota amaba á su país, y anhelaba conocer la mejor manera de obrar, para hacerlo de una manera acertada. No era todavía un Edipo para explicar el enigma de la Esfinge.

Por tanto, se decidió por lo que consideraba mas prudente atendidas las circunstancias: esperó y continuó aprendiendo, estudiando, y recapacitando—siempre aprendiendo mas y mas. El sistema de educacion en Oajaca habia experimentado cambios desde el tiempo colonial, época en que el cultivo de la inteligencia sufrió tanto bajo el método escolástico de la edad media. La expulsion de los jesuitas contribuyó mucho á activar el cambio. Se vió que la antigua maquinaria de los molinos en que se formaban las conciencias no era útil para producir las de la época moderna. Porfirio suspiraba por entrar en una region que estuviese fuera del dominio de las opiniones fijas y predeterminadas.

Los jesuitas se habian ido, llevándose consigo su poderoso sistema para amoldar las inteligencias, y el año de 1826 el afamado colegio dominico habia desaparecido, y el de San Bartolomé habia sido incorporado en el único instituto superior de la provincia, en el Seminario de la Iglesia, del cual hasta entónces se habia excluido el estudio de la jurisprudencia. En su vista, el gobierno, por decreto de Mayo de ese año, determinó

establecer el Instituto de Ciencias y Artes, en el que se debía dar especial atencion á la instruccion científica, agregándole el estudio de la medicina, de la filosofía, de las leyes, y otros cursos por este estilo. En los reglamentos y la dotacion se puso gran cuidado por parte de las legislaturas posteriores; y aunque por de pronto la intencion de los fundadores no se cumplió por completo, sin embargo, en los últimos años se aumentaron de una manera muy notable los recursos y se mejoró el régimen. Esto dió vida nueva á la causa y sirvió tanto para excitar al clero en favor del Seminario, como para que mas tarde se estableciera un colegio católico mas adelantado, con cursos científicos y profesionales, para impedir así que los alumnos se pasaran al colegio contrario.

Las escuelas de primeras letras sufrieron ménos vicisitudes. Recibieron un apoyo mas estable, y el pequeño número de escuelas primarias del tiempo de los españoles, creció en 1835 á mas de 600, con cerca de 26,000 alumnos, que aumentaban cada año. Además de estas escuelas en que se enseñaba malamente á leer, escribir, las primeras reglas de aritmética, y el catecismo, habia otras especiales para niñas, una de ellas con el título de colegio, donde la enseñanza era algo mejor que en las otras. Un colegio mercantil para jóvenes daba tambien instruccion en gramática, álgebra, y dibujo. Los descendientes de los miztecos en sus afanes por adquirir la educacion superior, con frecuencia colocaban á sus hijos de sirvientes en la capital del estado, sin exigir otra recompensa que su educacion, mostrando con esto la nobleza de su carácter.

En cuanto á Porfirio, concurrió á la escuela primaria hasta que cumplió siete años, y despues se fué á vivir por algun tiempo á la casa de campo de una hermana recién casada, y de allí se colocó como dependiente en una tienda de Don Joaquin Vasconcelos. No era la intencion formar un comerciante del muchacho, sino simplemente darle un descanso antes

de entrar en sus estudios formales. Después del intervalo de un año, fué trasladado á una escuela secundaria donde permaneció hasta que cumplió catorce años, y entró en el Seminario.

Habia varias razones para preferir este colegio eclesiástico al de principios mas liberales. El negocio del meson no habia sido próspero, y Doña Petrona se vió precisada no solamente á abandonarlo, sino á vender un pedazo tras otro de sus terrenos para la subsistencia y educacion de sus hijos. Bajo tales circunstancias, habia en el beneficio que se dispensaba á los discípulos dotados del Seminario, un poderoso aliciente para los estudiantes, lo mismo que en la amistad del clero, que veia con celos al instituto rival, porque difundia la ilustracion moderna.

Además de todo esto, existia otro motivo. Habia en la familia una capellanía hereditaria, y siempre fué el deseo de Don José que sus hijos hallasen en la iglesia la carrera de su vida. Seria mas segura y mejor, segun su opinion. La madre de Porfirio, aunque no veia esto bajo el mismo prisma que el padre, tampoco deseaba contrariar sus planes originales. Además, Agustín Diaz y Dominguez, su protector, que no le ofrecia mas que consejos, y estos no siempre de los mas sanos, optaba por la iglesia.

Por este tiempo el clero hacia esfuerzos especiales por aumentar su número con jóvenes de porvenir, como Porfirio, pues desde fines del siglo anterior en que comenzó á destruirse la barrera contra el comercio extranjero, y especialmente con el establecimiento de la independenciam, el clero comprendió que estaba perdiendo mucha parte de su influencia entre las principales clases.

Hizo igualmente grandes esfuerzos por mantener su dominio sobre el pueblo. Habia frecuentes y brillantes procesiones en las que se satisfacía el amor á la ostentacion personal y á la mojiganga, sin mencionar las frecuentes ferias que venian acompañadas

del juego, de la bebida, de los fuegos artificiales, y otras diversiones.

Era de esperarse que todo esto produjese su efecto en un joven del temperamento de Porfirio. Era en realidad para cautivar los sentidos—si no la razon—la entrada de la gente del campo, con sus vistosos sarapes, rebozos, y guirnaldas de flores, marchando con imágenes y estandartes al son de la música y de los cantos, y frecuentemente con fuegos artificiales y otras demostraciones interesantes. No le desagradaba la religion, ni veia en ella nada pernicioso, aun cuando sus doctrinas no habian hecho mucha impresion en su inteligencia. Ir al frente en las procesiones y otros pasatiempos, era para Porfirio de ménos importancia que ser el jefe de una batalla, en que desde su niñez ocupó siempre un lugar preferente.

Doña Petrona era devota, pero no con exceso; y sobre todo, ocupar un puesto en la iglesia no era una de las perspectivas ménos halagüeñas para su hijo. El cura, en los pueblos de la provincia, era un grande hombre á quien debia saludarse con reverencia y con las manos ocultas en las mangas, y no como á cualquiera otra persona.

En la villa era el consejero y guia en todos los asuntos espirituales, sociales y políticos, dominando las escasas inteligencias de los que lo rodeaban de tal manera, que le daban no poca importancia en las cosas del gobierno. Así fué que hombres como Hidalgo y Morelos pudieron ejercer influencia para regir un imperio.

Con miras no bastante pronunciadas todavía para justificar su oposicion, Porfirio se sometió de buen grado, por de pronto, á los cálculos de sus mayores, referentes á la carrera que debia abrazar. Sus estudios de teología no eran de lo mas severo; y hasta sus esfuerzos clericales asumian la forma de parada, pues no trascurrió mucho tiempo antes de que se le encontrase en el patio dirigiendo una procesion de compañeros de estudios, con cánticos y banderolas. Mas

serio y significativo fué un altar con luces y ornamentos que construyó en una de las piezas de la habitación, en la que engalanado con ostentosas vestiduras, solía decir una especie de misa para los amigos que allí se reunían.

Para algunos es edificante y para otros divertido escuchar la charla de jóvenes predicadores, maestros inexpertos en teología, que hablan del carácter y de las intenciones de Dios como si acabaran de salir del velo misterioso, armados con una comisión especial. Sin embargo, de ese número han salido algunas lumbreras que han abierto las puertas de la iglesia, introduciendo en la oscura y fría atmósfera de la tradición y del artificio, la ardiente y vivificante naturaleza.

Mientras tanto, los bienes de la familia continuaban menoscabándose, al grado de quedar ya muy pocos; y no obstante los esfuerzos eclesiásticos de Porfirio, se vió precisado á recurrir á medios mas eficaces, tanto para su propia conservación como para ayudar á su madre y demás miembros de la familia.

Probablemente, esto era lo mejor que podía haberle sucedido en las presentes circunstancias, aunque entonces le pesara mucho á Porfirio. Teniendo que depender de sí mismo, no solo para su adelanto personal, sino hasta cierto punto para ser el sosten y defensor de las personas á quienes mas amaba, tuvo que apelar á su propia energía práctica y fuerza de voluntad. Pensó en lo que le agradaría y que él fuera capaz de hacer, y en las posibilidades de su porvenir.

La base del engrandecimiento se presenta muchas veces en épocas de grandes pruebas. Todo el mundo ambiciona el bienestar, y sin embargo la pobreza ha hecho mucho mas por la humanidad que la riqueza. Arrobadado en el lujo, pronto se disipa la energía de la juventud. La pobreza es el estímulo que pone en movimiento las ruedas del progreso. Si no hubiera pobreza en el mundo, habría menos trabajadores, menos oficios y profesiones, y menos gentes que se dedica-

ran á sembrar y cosechar. Realmente, la pobreza y la riqueza no son mas que términos correlativos. Si todos fueran pobres todos serian ricos, y si todos fueran ricos la riqueza tendria un poder muy limitado. La riqueza engendra el orgullo y esa confianza arrogante que, segun creían los griegos, es un insulto á los dioses; y es casi seguro que acarreará la ruina de la juventud inexperta que la posee. El mismo fanatismo es un bien al lado de esa ceguedad mental que impulsa á los hombres á buscar con tanta ansiedad los deslumbrantes fantasmas de la riqueza y la popularidad. Mejor es seguir á Sócrates, quien á pesar de las reconvenciones de Xantipo, en vez de dedicarse á trabajar en su profesion para aumentar sus riquezas, redujo sus necesidades de manera que pudiera cubrir-las con su pequeño patrimonio.

Así fué que aguijoneado desde una tierna edad por las duras necesidades de la vida actual, las confusas incertidumbres del futuro perdieron mucho de su interés y aparente necesidad, y Porfirio abandonó la idea de seguir la carrera eclesiástica.

El joven se habia convertido repentinamente en hombre, teniendo que pensar y obrar como tal. Así lo notaron sus compañeros y amigos, y así vieron todos verificarse un cambio en sus modales y conducta, en su andar, en sus trabajos, en su reticencia, y en la fija determinación que descubria su semblante.

Comenzó por dar lecciones á las horas que le dejaban libres sus estudios, por las cuales recibia de dos á cuatro pesos mensuales de cada discípulo. Así fué como se puso en contacto con Don Márcos Perez, juez de distrito y catedrático del instituto, quien llegó á profesar mucho cariño al joven, llevándolo frecuentemente al colegio y discutiendo con él sobre la tendencia de ampliar la libertad civil y religiosa, sobre los métodos y sistemas modernos para fomentar una educación mas completa y liberal, y sobre otras materias análogas, todas las cuales fascinaban en gran manera á Porfirio.

Un día le invitó Perez á presenciar la distribución anual de los premios. Estaba allí el gobernador Benito Juárez, á quien Porfirio fué presentado formalmente. Este día debía influir en los destinos de ámbos; el uno había llegado ya á la edad madura y á un puesto elevado teniendo todavía grandes honores que alcanzar, á la vez que el otro iba á entrar en una carrera que debía ser el complemento, y aun sobrepajar á los esfuerzos del otro, y ligar su nombre con mayores glorias.

Juárez conoció poco al padre de Porfirio; había visto á este jóven antes, fijándose en sus facciones francas, en su forma elástica, y en su gracioso porte; y sobre todo, había oído hablar de los esfuerzos varoniles que estaba haciendo para adquirirse una educación á fin de llegar á ser el báculo y consuelo de su anciana madre. El gobernador estaba dispuesto por tanto á dirigirle, como lo hizo, palabras de elogio que lo estimularan en sus propósitos.

Sus palabras fueron tan expresivas y proferidas de tal manera, que Porfirio apenas pudo dormir esa noche. Había tal significado en lo que ese grande hombre dijo, tal luz de inteligencia en su mirada, tal magnetismo en su tacto, cual jamás había visto en ningun ser humano el estudiante provincial. Y recordando aquellas palabras y analizándolas, halló en ellas la fuente de la ambición y un manantial de deseos, esperanzas, y aspiraciones nobles, tales como jamás las había soñado. En toda la extensión de su patria, doquiera que dirigiera su mirada, no veía mas que perdición, el anatema secular de España, y los perniciosos resultados de los esfuerzos mal dirigidos para imponer al pueblo de Méjico la religión de Cristo y la civilización de Europa. Con tristeza vió á sus compatriotas entregados con verdadero furor á matarse los unos á los otros, en presencia de un enemigo extranjero que amenazaba destruir al país. Comprendió toda la intensidad de estos males, y que si mucho se había hecho ya, mas quedaba todavía por hacer, y resolvió desde entónces

consagrar su vida á la patria y seguir el destino que la providencia le deparara, cualquiera que este fuera.

En este período de su vida, tuvo lugar otro incidente que contribuyó mucho á darle á conocer cuales eran sus verdaderas inclinaciones. Se había comenzado la guerra con los Estados Unidos. El pueblo consideraba indublemente como justa la resistencia, pero los mas comprendían las graves dificultades que envolvía. Mas á pesar de esto, cuando los ejércitos victoriosos del invasor penetraron hasta el corazón del país, se levantaban en todas partes los mejicanos para defender la libertad que peligraba. Este peligro, y los pronunciamientos que se temían, hizo que las autoridades de muchos estados organizaran las guardias nacionales para la defensa de su propio territorio.

El corazón de Porfirio se llenó de entusiasmo con la idea de combatir por su patria. De nuevo se encendió el ardor militar de su niñez, y en unión de algunos compañeros de colegio se dirigió al gobernador, pidiéndole los mandara á la vanguardia para resistir al enemigo. El primer magistrado se sonrió y puso en lista sus nombres; y esos jóvenes, creyendo que ya todo estaba arreglado, volvieron á sus casas entre las lamentaciones de las mujeres, considerándose como guerreros en perspectiva. Sin embargo, la marcha al frente que habían pedido se redujo á inscribirse en la guardia nacional que constaba de un batallón, el cual por la poca edad de los individuos que lo componían, recibió el apodo de "Peor es nada." El batallón permaneció dentro de los límites del estado, haciendo el servicio de guarnición. Mas tarde, Porfirio se dió de alta en una compañía que eligió por capitán al Gobernador Juárez.

Porfirio no llevó adelante desde luego la resolución que había formado de cambiar de carrera, y resolvió entrar al colegio civil cuando fuera tiempo. Poco despues cumplió diez y ocho años, y habiendo concluido sus estudios preparatorios, el obispo le ofreció conferirle las órdenes menores al siguiente año y darle una beca

de gracia. Declaró entónces su intencion de estudiar la jurisprudencia en el instituto. El prelado se sorprendió; ¡un jóven en circunstancias de necesidad, despreciar un beneficio tan valioso, un ministerio que estaba á su alcance, y mas que todo la capellanía hereditaria que ya tenia! Era un acto de locura. Su protector Don Agustin le retiró su amparo, prohibiéndole la entrada en su casa, por lo que su madre estaba inconsolable.

Las lágrimas movieron el corazon del afectuoso hijo, que habia sido insensible á las amonestaciones del obispo y á las amenazas del protector, y prometió hacer lo que deseara la señora. Pero con toda su religiosidad, con todos sus deseos por la felicidad espiritual y temporal del hijo, Doña Petrona no permitió que la influencia religiosa ni el deseo de contemporizar ofuscara su juicio. Dejaba á los sacerdotes y á los parientes la libertad de hablar; pero ella no queria contrariarle la voluntad, ni obligarle á seguir una carrera que le era desagradable.

Así es que lo dejó en libertad para seguir sus inclinaciones y aun interpuso sus ruegos con el endurecido pariente y protector. Vivió bastante tiempo para conocer la cordura de su determinacion, pues al trascurso de pocos años se dió el golpe final que destruyó el poder de la iglesia, y puso coto á su influencia; en tanto que la abogacia abria ámplios caminos á los hombres de inteligencia y posicion.

Porfirio Diaz entró al Instituto y comenzó el estudio de la jurisprudencia de una manera sistemática y con aplicacion. Viéndose con mayor necesidad que ántes de aumentar sus recursos, se dedicaba á buscar mas discípulos y alguna otra ocupacion, cuando le llegó el auxilio de donde ménos lo esperaba. Diaz nunca habia pedido un favor al Sr Juarez, y ni siquiera le habia insinuado que se hallaba escaso de recursos, ó que los de su familia no bastaban para cubrir sus necesidades. El jóven tenia amor propio y nunca quiso dar á conocer su pobreza. El gobernador sabia que la

familia no era rica, pero no estaba á su alcance lo reducido de los arbitrios de que disponia, ni tenia ocasion de conocer el amor propio de sus miembros, sus afectuosas solicitudes y su abnegacion y sacrificios.

El Sr Juarez empero no se habia olvidado del jóven su amigo. No habia dejado de notar sus vacilaciones en algunas cosas, y al verificarse el cambio final de estudios, que el mismo gobernador aprobó con entusiasmo, le confirió el cargo de bibliotecario del colegio. No era un destino muy remunerativo ni de responsabilidad; la biblioteca se componia de dos mil volúmenes, pero mas variados y de mas uso que las colecciones mayores que tenian el Seminario y el convento de los Dominicos.

A los cuatro años de colegio, Diaz se proponía concluir su carrera y comenzar la práctica de dos años en el despacho de algun abogado y en los tribunales, como el plan de estudios lo requería. El abogado mas prominente de la ciudad en esa época era Juarez, cuyo período de gobernador habia concluido. Con Juarez estaba asociado el Sr Perez, amigo antiguo de Porfirio. El estudio de estos letrados le estaba abierto no solo por razon de la amistad que le profesaban, sino por su incuestionable aptitud, indicada por su eleccion de catedrático de derecho romano en el instituto, aun ántes de que se hubiera graduado.

La eleccion de los estudiantes para el profesorado, práctica aun hoy comun en Méjico, se debe á la escasez de fondos con qué dotar á profesores titulados. La cátedra contribuyó ciertamente á desarrollar los conocimientos y experiencia del profesor, y adelantó tan pronto, que se le confiaron varios negocios que ya le permitieron renunciar el cargo de bibliotecario. Asegurada así su profesion y sus entradas, profundizó sus estudios, en los que hizo rápidos progresos. La rueda de la fortuna habia girado otra vez, y encontrándolo bien preparado, lo puso en el camino de la gloria y del engrandecimiento.